

EUGENIO PACELLI

II - Héroe sin armas

LLEGO por fin el colapso. La contienda de la primera guerra mundial por tanto tiempo indecisa en el campo de batalla, comenzaba a decidirse. Una por una las naciones que habían formado el bloque contra los aliados pedían y firmaban armisticios. Primero Bulgaria, luego Turquía, más tarde Austria-Hungría. El bloque se desmoronaba. El 11 de Noviembre de 1918, mañana fría y envuelta en densa neblina, sonó la señal de "Cese el fuego" en los campos de Francia y las armas se depositaron.

Comenzaba la postguerra. Ese período peligroso, de convalecencia traicionera, principalmente para las naciones vencidas. Sobre los pueblos famélicos y agotados extendía el invierno, crudo de Europa como un sudario, una blanca capa de nieve. Las fiestas navideñas no podían disipar la tristeza de las almas y a pesar de hallarse al margen de la guerra, el mensaje de los Angeles "Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad" sonaba más quea fiesta de cielo a mensaje de cementerio.

Sobre todo, las naciones vencidas que, a las privaciones de todo género tenían que añadir el fracaso de la derrota con todas sus consecuencias, no conocieron la alegría de la Pascua. La melancolía más negra se iba apoderando de Alemania. Nadie podía apuntalar el derrumbe nacional y ni siquiera la esperanza del futuro podía reanimar a los hombres.

El pasado fué espantoso; el presente era trágico y el porvenir, sobre la certeza de sus males, dibujaba una gran interrogante de incertidumbres. De ahí la indecisión en todos: en gobernantes y en gobernados.

Aquel organismo nacional se hallaba en extremo debilitado y anémico. Campo propicio para que el microbio comunista se desarrollara rápidamente. No se hizo esperar mucho. La desesperación aceleró la incubación. El grito se escuchó en Munich el 7 de Abril de 1919.

Un marinero corpulento, de torva mirada y recia musculatura, Rodolfo Egelhofer, acompañado de tres comisarios comunistas, proclamaba la república soviética. Eran los espartacos, como ellos mismos se bautizaron. Nada había en aquel movimiento de improvisado o indeciso. Rodaba al poco tiempo por la calle el ejército rojo y salían de las sombras de sus escondrijos los que habían de ser alma de la revolución: Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburg.

¡Acción! ¡Acción! gritaban por todas partes y con los medios expeditos, tan característicos del Soviet, fueron detenidos, conforme a listas previamente estudiadas, trescientas veintiseis personas. Figuraban allí los nombres más ilustres de la industria, el comercio, la ciencia y la posición social. Los tribunales trabajaban con rapidez vertiginosa.

El Código era el odio. Causa de muerte: la posición social y las mismas cualidades. Había que buscar la igualdad y, puesto que los imbéciles y mediocres eran muchos, resultaba más práctico eliminar los sobresalientes. En pocos días, para el 25 de abril, trescientas veinticinco víctimas habían sido públicamente asesinadas.

Fero la furia no se sentía satisfecha: pedía más sangre. Reclamaba con interés el único que faltaba en la lista de trescientos veintiseis. ¡A buscarlo! Y con esa organización del Soviet, tan perfecta para el crimen, bien armados, corrieron a la casa de aquel hombre que, sordo a las amenazas y órdenes del Comité Rojo, subía todos los días al púlpito de la catedral de Munich. La sentencia de muerte estaba dada. Sólo faltaba su ejecución.

Dormía Munich el 29 de Abril, al amparo de las sombras de la noche y al silencio de la noche del terror. Movimientos de tropas por la calle. Prolongados toques y silbidos. Ordenes secas. ¡Alto! Aquí!

A la voz del comandante Seiler y de su ayudante Brongratz, los soldados se detienen ante una amplia casa. Son órdenes de Egelhofer. Todos saben que el marino no admite ni explicaciones ni dilaciones. ¡Acción! ¡Acción! era su lema. Los revolucionarios fuerzan la puerta de entrada, someten al criado amenazándole con granadas de mano. Con las pistolas cargadas avanzan y se dirigen a la biblioteca. Allí está la codiciada presa. Seiler, bien armado se coloca junto a la puerta y junto a él, en

semicírculo, el pelotón de soldados; unos con pistolas, otros con granadas de mano.

Pronto de la mesa central de la biblioteca surgió el hombre que ellos esperaban. Con una horrible blasfemia lo saludó Seiler y al levantar la pistola, chocó con un metal en el pecho de la víctima. Aquella figura alta y algo macilenta, tomando en sus manos el pectoral, y enfrentándose a aquellas pistolas preparadas para el disparo, con voz serena les dijo:

“Está bien: matadme. Pero nada ganáis. Yo no trato sino de salvar a Alemania”.

La mirada fija y tranquila de aquellos ojos espiritualizados paralizó los dedos de los soldados que no pudieron disparar el gatillo de sus pistolas. Ni Seiler, ni Brongratz, ni los soldados sabían lo que les pasó. Cabizbajos y en silencio vuelven al Cuartel General Rojo.

Nadie acierta a dar razón de aquel fracaso y Egelhofer ruge como una fiera, amenaza con la horca y descarga sobre Seiler y su tropa los más hirientes latigazos. “Soldados pensé yo que mandaba, pero me equivoqué: sois un puñado de melindrosas mujeres”.

Desde aquel día el hombre que, con tranquila frialdad, tuvo sobre su pecho, a la muerte, acechando desde los cañones de las pistolas, mira los sucesos más graves con inalterable paz. Dios lo proteje.

Ese hombre era Eugenio Pacelli. Es Pío XII.

V. I.

